

Retos de la transmisión del psicoanálisis debidos a su incomodidad en la cultura



JAVIER GARCÍA CASTIÑEIRAS¹

Refiero a *incomodidad* recordando el texto de Luz Porras: «¿Incomoda el inconciente?» (1992). Incomodidad que caracteriza fuertemente a nuestra disciplina, instalada, desde los fundamentos freudianos del psicoanálisis, entre la pulsión y el representante o el significante, vale decir, entre lo real de la pulsión y la cultura. En la medida que la pulsión es del sujeto y del Otro, y la cultura está en ambos o entrambos, no podemos decir que se dibuje aquí una tensión entre adentro y afuera, sino que se trata de un cuerpo marcado, escrito como cuerpo erógeno. Me gusta llamarlo un cuerpo escrito en la encarnadura de la pulsión y el significante. De modo que esa tensión entre lo real de la pulsión y el signo circula en todos los recovecos de las experiencias analíticas, como ambos lados de una superficie. Un cuerpo erógeno inconciente como una tela que se teje en esos breves

de incomodidades. Así pasa también en la transmisión del psicoanálisis, a diferencia de otras disciplinas, porque disponer como objeto de investigación y estudio el inconciente —y, en su contracara, una racionalidad encubridora— reta a una experiencia de permanentes deconstrucciones o análisis de los saberes para trabajar las teorías. Este es un aspecto central en la transmisión del psicoanálisis. Las teorías de las que disponemos no son armónicas ni encierran nuestro objeto de estudio e investigación. Son como andamios móviles que pueden, eventualmente, ayudarnos a trabajar. Por el contrario, en otras disciplinas, sus objetos son claramente parte del campo de lo cognoscible, tanto en ciencias cuyo objeto es parte de la naturaleza como en aquellas en las que el objeto es creado, como la matemática. Nuestro objeto es también creado: el inconciente, pero no es atrapable por el conocimiento cuando de la experiencia analítica se trata. Disponemos, sí, de sus efectos, de aproximaciones de relatos sobre algo que parte de la

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gp@adinet.com.uy

experiencia, pero que no puede terminar de decirse ni pensarse. Decía en ese texto Luz Porras: «El trabajo con el inconciente tiene efectos no controlables» (párr. 16), y es en esos puntos donde el discurso de la razón requiere dar paso a esas producciones irracionales o a esos tropiezos de la razón cuando lo inconsciente la afecta. «El psicoanálisis tiene como fundamento el inconciente y el malestar lo capitonea... [escribió Luz Porras]. Freud dudó en nombrar su trabajo [*El malestar en la cultura*], el primer título fue Unglück (infelicidad), que luego modificó por Unbehagen [malestar]» (párr. 25-26), y que aquí, en recuerdo de Luz, llamo *incomodidad*. Pues bien, en todos los ámbitos donde se encuentre la experiencia analítica y en lo que nos ocupa ahora, la formación analítica, existe *incomodidad*. No hay modelo de formación ni tipo de institución –sea universitaria o no, sea de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) o no– que pueda evitar la incomodidad si el objeto del psicoanálisis –es decir, el inconsciente– es lo que está en juego. Entonces, las afirmaciones «soy psicoanalista, soy psicoanalista de tal institución, de la API, de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP) o de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP)» o «soy Máster en Psicoanálisis» tienen una validez formal en los sistemas de relaciones e intercambios sociales, como referencias. Pero, desde el punto de vista psicoanalíti-

co, son afirmaciones incómodas porque dicen en un nivel formal y falsean en un decir psicoanalítico. Esta tensión de malestar es inevitable, tengamos el formato de instituto y de institución que tengamos. El punto determinante es qué hacemos con eso. En primer lugar y como punto de partida necesario –que suele escamotearse–: reconocer esta tensión de malestar. No sortearla, sino hacerla producir. Inevitablemente, disponemos de discursos ideológicos de cómo se trasmite el psicoanálisis que circulan generación tras generación, disponemos de reglas sobre formación que establece la API, así como también disponemos de normas universitarias y legislaciones del país que pueden oficiar cerrando el trabajo desde la incomodidad. Todas estas normativas, leyes e ideologías sin duda que están presentes y es preciso considerarlas y trabajarlas, solo que no pueden obviar la tensión de malestar que el psicoanálisis institucionalizado implica.

En este apartado primero vale preguntarse, si bien toda institucionalización del psicoanálisis implica un malestar por su objeto y su perfil epistemológico: ¿El reconocimiento de nuestro Instituto como postgrado universitario conllevó un obstáculo mayor en la formación? ¿Se puede pensar que ha aumentado una búsqueda del conocimiento y reconocimiento académico-profesional sobre el trabajo de las incertidumbres subjetivas? ¿Cuánto de los obstáculos puede provenir del reconocimiento académico y

estatal, y cuánto de los cambios culturales de nuestra época, si fuera discernible, aun cuando corran mezclados? Estas y otras son preguntas necesarias para hacernos entre todos, con aportes de todos, pero, especialmente, de las generaciones más jóvenes que han realizado su pasaje por el Instituto luego de su reconocimiento universitario.

En segundo, lugar quiero señalar que la transmisión del psicoanálisis no depende exclusivamente de problemas internos a las condiciones epistemológicas del psicoanálisis en relación con su objeto, el inconsciente, por sus relaciones incómodas con la institucionalización.

En primer término, porque los problemas, obstáculos y retos tienen que ver en gran parte con las políticas institucionales de circulación del poder, tanto sobre el conocimiento y las prácticas como sobre la constitución y funcionamiento de los órganos administrativos y las políticas de intercambio, interlocución con otras disciplinas y con los contextos sociales donde se investiga y trabaja. Los cambios operados en el Instituto de APU, tanto en 1974 como en 1994, fueron de este orden: de política institucional. Lo fue en la distribución de funciones, en la discusión y toma de decisiones colectivas en los grupos de funciones didácticas y comisión de admisión, en la constitución de la comisión de enseñanza con participación de analistas en formación, y, en 1994, empoderando a los analistas en formación para la elec-

ción de seminarios y docentes. Sin dudas estuvo allí la influencia de la ley orgánica de la Universidad de la República, vigente desde octubre de 1958 y que siguió los pasos de la reforma universitaria de Córdoba realizada cuarenta años antes, en 1918. De modo que nuestro Instituto, heredero del modelo de formación Eitingon de la API y del funcionamiento del Instituto de Berlín, modelo que respondió a un interés político institucional de su época, se vio fuertemente impactado por la influencia política de la reforma universitaria latinoamericana iniciada en Córdoba, extendida en Argentina y luego en Uruguay, en 1958. Esto nos ubica claramente en que la influencia universitaria no comienza cuando el Instituto se transforma en Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis, sino desde las reformas previas y antes, por la composición universitarista de la mayoría del grupo fundador. Ni el modelo de los institutos de la API ni la influencia de la universidad latinoamericana fueron centrados en la transmisión del psicoanálisis. Son modelos y organizaciones político-ideológicas de las instituciones de transmisión del conocimiento, en su funcionamiento democrático interno y en los límites de estas democracias, en la circulación y distribución del poder, y en su relación con la sociedad.

En segundo término, la transmisión del psicoanálisis no depende exclusivamente de problemas internos a las condiciones epistemológicas del psicoanálisis en rela-

ción con su objeto, el inconsciente, porque los desafíos también concentran los cambios socioculturales. Estos cambios actúan sobre el psicoanálisis y las instituciones, sobre los analistas, así como sobre las demandas de tratamiento, lo cual requiere estudiar estas variantes. ¿Por qué? Porque el psicoanálisis y las instituciones no son independientes de ellas. Las condiciones culturales, sociales y políticas en las que el psicoanálisis se desarrolla ejercen influencias importantes sobre el psicoanálisis, sobre los analistas, sobre las instituciones y sobre la formación. Lo vimos claramente, por ejemplo, en la pandemia. No esperamos años a que la API resolviera cómo trabajar, como sucedió con los *shuttle analysis*. Si bien la API tuvo y tiene un grupo de tareas estudiando el *remote analysis*, con el comienzo de la pandemia y las medidas de aislamiento, todos hicimos lo que pudimos para sostener los análisis y nuestros trabajos. El cambio del contexto social por la emergencia sanitaria, fue decisivo, como sucede en una guerra. Luego aparecieron y seguirán apareciendo quienes trabajen ya solamente o principalmente en análisis *online* por fundamentos y por conveniencia, no siempre diferenciables con claridad. Que los cambios socioculturales determinan cambios de la formación y de nuestro trabajo analítico lo vemos también desde hace ya mucho tiempo en los cambios respecto a los tiempos que los demandantes disponen para analizarse en nuestro vértigo actual y

sus demandas de respuestas y eficacia con plazos perentorios. También en la formación los tiempos disponibles son distintos y la búsqueda de reconocimientos universitarios opacan muchas veces los objetivos específicos de la formación analítica. Pero no menos, en tiempos anteriores, la erudición, sabiduría del maestro y concentración sobre sí del poder hacían sombra sobre la experiencia inconsciente en transferencia. Cada época y variantes culturales tienen sus obstáculos y favores. En todo caso, la pregunta es cómo nos enfrentamos a esos obstáculos y en qué medida la resistencia no está en nosotros mismos.

Cuando la APU aprobó transformarse en instituto universitario aceptó adoptar ciertos formatos universitarios con la condición de que no se modificara la estructura de la formación de analistas. Y así fue, desde el punto de vista formal. Convinimos en que si la experiencia mostraba un mayor obstáculo para la transmisión del psicoanálisis, renunciaríamos al carácter universitario de la formación. Pero he tratado de mostrar que la influencia universitaria sobre nuestro Instituto de psicoanálisis no se concentra en la decisión adoptada de pasar a ser un instituto universitario, sino que viene desde siempre, por la incidencia de lo universitario en nuestros fundadores, así como en todas las generaciones de analistas y por la influencia de la reforma universitaria. Esta ha establecido un funcionamiento por el cual todos los participantes

de la formación discuten y deciden la política de la institución, así como los planes de estudio. Continuar y profundizar el funcionamiento democrático heredero de la reforma universitaria, promover la discusión de todas las políticas internas del Instituto que lleva adelante la comisión de enseñanza mantiene vivo ese espíritu. Es en esas discusiones horizontales de trabajo que se tramita la incomodidad del psicoanálisis, nuestras incomodidades en la institución y el Instituto, haciéndola trabajar, producir. A veces se intenta sortear las discusiones horizontales para ser más rápidos, eficaces administradores, y evitar las discusiones más o menos apasionadas (rispideces). Se opta por decisiones personales o de pequeños grupos, conversaciones de pasillo o telefónicas, transformando en temas formales de resolución lo que implica una toma de posición de política institucional. La tarea de la dirección no es resolver por los grupos, sino favorecer que los grupos discutan y marquen las grandes líneas de decisión que hacen funcionar el Instituto. Iría contra este espíritu que existan resoluciones pactadas entre pocos. Todos los temas tienen que ser trabajados por los grupos y circular entre ellos y, favorecer e instrumentar esa forma de trabajo es una función central de la comisión de enseñanza. Esta es una herencia muy importante que tenemos de la reforma universitaria.

Por otro lado, el funcionamiento democrático, universitario del Instituto se

diferencia claramente de lo que en otro momento fue –y quedan restos importantes– un instituto armado de acuerdo a reglas del *setting* analítico. No es aplicable el criterio de encuadre analítico dentro de la institución. No es pertinente favorecer transferencias ni aspectos regresivos, ni mantener con los analistas en formación una relación de neutralidad y abstinencia silenciosa. Cada actividad tiene su encuadre necesario. Trasladar el encuadre analítico al Instituto de Formación fue una decisión política que instaló una forma muy restringida de circulación del poder. Lo mismo que introducir el análisis dentro del Instituto y de un grupo didáctico introduce inconvenientes en la vida democrática interna por el establecimiento de circuitos inapropiados institucionalmente de la circulación de información, que es poder. Este tema apenas lo esbozo, pero es importante porque introduce dificultades en los institutos.

Por estas razones anteriores, me parece muy necesario defender un funcionamiento democrático cada vez más amplio, con especificidades de funciones, pero con discusión horizontal en cada grupo de las políticas a aplicar, diferenciando claramente, por un lado, un nivel del funcionamiento institucional, y por otro, la formación analítica que transitará cada uno.

A esto último me referiré. Nuestra disciplina tiene, como otras disciplinas, elementos enseñables, otros trasmisibles

y, quizás, un cogollo incommunicable. Pero esas raíces o quizás, más bien, resquicios que dejan pasar algo de luz, esas fallas o grietas no enseñables por el conocimiento no son sino experiencias singulares, tanto en la experiencia analítica personal como con analizando o en las experiencias teóricas con autores, docentes y pares; estas últimas, engarzadas a las anteriores. No formamos analistas, sino que creamos espacios de prácticas para que cada uno pueda producir desde ellas. Es a esto que podemos llamar formación, teniendo en cuenta el componente epistemológico propio del psicoanálisis, diferente de otras disciplinas. No obstante, convengamos: no hay homogeneidad tampoco en otras disciplinas respecto de las formas de transmisión. No somos tan especiales, tan distintos.

Finalmente y como corolario de lo anterior, pienso que estas Jornadas de reflexión y discusión pueden ser un punto de partida de un trabajo de los grupos didácticos y de admisión, así como de los analistas en formación, acerca de nuestro Instituto, sus tres vertientes de análisis, seminarios y supervisión, su plan de formación, sus producciones escritas y sus graduaciones y postgraduaciones posibles o no: licenciatura, maestría, doctorado. ¿De qué modo esta estructura universitaria actual, que permite la facilitación de trabajos interdisciplinarios y reconocimientos recíprocos, podría o no ser viable en un

instituto de formación analítica pensado entre todos? ¿Cómo pensar estas modificaciones sin abandonar la incomodidad que determina nuestro objeto de investigación: el inconsciente? ¿Cómo pensar estas posibilidades a partir de las experiencias de las generaciones más jóvenes, tanto en nuestro Instituto como en la universidad? ¿En qué nos ayudaría o no abandonar el estatus de instituto universitario y, en ese caso, qué formato seguir? ¿Cómo incluir los análisis personales como necesidad para la formación, sin intervenir en ellos reglamentariamente y sin que ellos interfirieran en el funcionamiento institucional democrático? ¿Qué sistemas de ingreso nos parecen más adecuados y quiénes podrían acceder a aspirar a ingresar?

No es posible encarar estas y otras preguntas desde cero. Hay toda una historia mestiza de intereses y políticas institucionales que nos preceden, en lo local, en lo regional y en lo internacional. Hay muchos trabajos escritos que merecen ser retomados y repensados. Y existe una zona de fundamentos de nuestra disciplina y práctica, no siempre compartidos por todos, que también se hacen indispensables de ser discutidos para que funcionen como sustento de nuestros proyectos. Por otra parte y nada menor, también está la pregunta «¿Psicoanálisis para quiénes?», pues de ello dependerá quiénes puedan aspirar y cómo construir nuestras prácticas futuras. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Porras, L. (1992). ¿Incomoda el inconciente?
Revista Uruguaya de Psicoanálisis, 76,
171-177. [https://www.apuguay.org/
apurevista/1990/1688724719927617.pdf](https://www.apuguay.org/apurevista/1990/1688724719927617.pdf)